

---

---

## PLATICA LXVI.

DE LA BUENA CRIANZA Y EDUCACION DE LOS HIJOS QUE CORONAN  
LOS BIENES DEL MATRIMONIO.

---

A 12 de Diciembre de 1694.

---

**P**ASÓSE á ser embarazo del corazon lo que antes fué inquieta fatiga del mas ambicioso deseo. Llegó á sujetar Alejandro su tan deseado mundo, y no cabiéndole ya en las manos lo que aun no le llenaba las ansias, el que antes habia hecho tanto por dominar al mundo, despues de conseguido, ya no sabia qué hacer con el mundo. Oyólo así referir Augusto César, y riéndose con razon de tanta necedad: No sabia Alejandro, dijo, que la mayor gloria de un Príncipe no está en el mucho adquirir, sino en el bien administrar: no en dilatar el dominio, sino en manejar con acierto el gobierno. Que ¿de qué servirá adquirir solo para perder, y ganar lo que en vez de aumento sirva de ahogo y de ruina, después de haber servido de em-

barazo? Consigue, pues, un padre con un hijo un mundo menor, que es un hombre; pero mayor en el precio, en la estimacion, en el valor, que todo el que ganó Alejandro. Mas no está su mayor gloria, ni de su Matrimonio el mas feliz complemento solo en haber conseguido ese hijo, que si de un pequeño mundo no sabe dirigir en la buena enseñanza el gobierno, no será sino una pesadumbre intolerable, que despues de oprimir sus hombros con cuidados y deshonras, lleve al profundo su alma con escándalos y culpas. Es cada hijo que Dios les dá á los casados, dice San Crisóstomo, un depósito riquísimo é inestimable que su Magestad les entrega, y á ese paso debe ser el cuidado en que para guardarlo les ponga; que si de ese depósito han de dár cuenta cuando Dios se las pida, ¿qué cuenta será la de una alma que vale mas que todos los millones, si por su descuido se pierde? *Magnum habemus, pretiosumque depositum, scilicet filium; ingenti illum servemus cura.* (Crisóst. hom. 9. in 1. ad Timoth.)

A esto, pues, viene á parar toda la fábrica hermosa, toda la máquina sagrada del grande Sacramento del Matrimonio, y en él todos los cuidados de dos almas por toda una vida, destinada por Dios no solo á la propagacion material de los linages, no solo á la multiplicacion corporal de los hijos, (que para esto, sin tan sagrada liga, vemos que se multiplican por los campos las bestias, y vemos que se continúan por los montes las generaciones de brutos) sino á lo principal, á la buena crianza de los hijos. Por eso tan inseparablemente unidos deben vivir los padres, para que así atiendan, cuiden y se desvelen en esa buena educacion, para el logro de sus almas, para el común provecho de

las Repúblicas, y para el lustre hermoso de la Iglesia. Y si esto con los hijos no se consigue, perdido el fin; ¿cómo quedan de toda una vida las fatigas, y los afanes todos malogrados? Esto, pues, es lo que hay que atender en la prole, dice San Agustín: *In prole, ut amanter suscipiatur, benigné nutriatur, religiosé educetur.* (D. August. l. 9. de gener. ad lit. c. 7.) Empiesan desde el punto mismo que de Dios se recibe este depósito, al par de su valor los cuidados. En el seno de la madre toda una atención amorosa: *Amanter suscipiatur.* Desde el punto que nace la criatura, una crianza tan solícita como benigna: *Benigné nutriatur.* Y salida ya de las infantiles ignorancias á la razón, una educación, que abrazando las leyes todas de lo político, prefiera en las virtudes los mas soberanos dogmas y preceptos de lo Cristiano: *Religosé educetur.* Mucha materia para tan breve rato, la que pedia, segun vemos en los padres el usual descuido, y á ese paso en los hijos repetidos los desórdenes, continuos tambien los clamores de los predicadores, y los avisos. Como á contener la fuente misma y el manantial de donde brotan á toda la República sus daños, á toda la cristiandad sus escándalos, á innumerables casas sus ruinas, y á millares de almas sus condenaciones, en vano claman los predicadores, en vano los confesores exhortan, en vano los curas se fatigan, en vano los Prelados zelan, mientras cada padre y madre en su casa van criando en cada hijo libre y mal educado, un enemigo de Dios, un destruidor de la Religion, un escandaloso mas para el público, y un condenado mas para el infierno. Fueran los padres cada uno en su casa lo que deben; criara cada uno á sus hijos é hijas como Dios manda, consideradlo, ¿cuál estaría

nuestra República? ¿cuáles los ejemplos? ¿cuáles los tratos? ¿cuáles las virtudes? Mas, ¿á dónde voy?

El principio de la animacion de la criatura es el punto desde donde empiezan á correr las líneas de una eternidad. ¡Oh, si como cristiana lo considerara una madre! Desde ahí, siendo á la criatura mayores y mas por instantes los peligros, le deben empezar á la madre mas atentos tambien por instantes sus cuidados. Desde el punto que reconoce el depósito que Dios animó en su seno, no es negocio este tan para despreciado como se suele, con los chiqueos y con los melindres. Vá no pocas veces en una acción que parece ligera, en un leve descuido, no menos que la eterna condenacion de una alma; ¡y que sea la misma madre la que al hijo de sus entrañas se la ocasione, pone horror y grima el pensarlo! ¿Qué dijerais de la que acabando de dár á luz una criatura hermosa, sin permitir ni que lograra el Bautismo, ella tomando un cuchillo la despedazara en menuzos y se la comiera? ¿Qué bestia es esta, dijerais, tan agena de razón y de entendimiento? Pues no hace menos la que teniéndola en su seno, ó le procura con bebidas y medicinas sacrílegas, ó le causa con descuidos no inadvertidos, el aborto. *Homicidii festinatio est prohibere nasci,* decia bien Tertuliano. (Tert. in Apolog. cap. 3.) Es pues menester advertir que es gravísimo pecado mortal en la madre que se reconoce en cinta, cualquiera acción, por muy ligera que parezca, si de ella, ó tiene experiencia ó noticia de que se puede seguir el aborto. En el comer, en el andar, en el vestir, en el movimiento, en las acciones. ¡Oh, que pende de un instante la eternidad de una malograda salvacion!

Eso es hácia lo corporal el cuidado; ¡y hácia Dios? ¡Oh, cuáles deben ser de la embarazada las oraciones y los clamores, pidiéndole que lo asegure! *In te confirmatus sum ex utero.* (*Psalm. 70. vers. 6.*) decía David. Cuáles á la Santísima Virgen y al Angel de su Guarda los ruegos; y á los sacerdotes el recurso, para que con su bendición y con las palabras del Santo Evangelio, alcanzando á la criatura la proteccion, consiga tambien su buen logro.

En la vida de San Estévan Martir se refiere, que estando enferma de él su madre, al entrar en la Iglesia San German, Patriarca de Jerusalem, la buena muger oprimida por la muchedumbre, se subió sobre un banco, y desde allí le gritó: *Benedic, Domine, quod in utero meo est.* Écha tu bendición, Señor, al hijo que tengo en mi seno. Y vuelto el Santo Prelado á mirarla, viendo con los ojos del espíritu el admirable mártir que allí se prevenia á la Iglesia, echando la bendición, dijo: Bendiga Dios ese niño por la intercesion de su primer Mártir Estévan. Y al decir estas palabras, vió la madre que le salian de la boca al Prelado llamas de fuego. El niño nació; pusiéronle por nombre Estévan, y fué despues prodigioso mártir en la Iglesia. (*Apud. Marc. tr. 8. lect. prop. 2.*) ¿Y qué sabe cada una de las que así están, lo que Dios previene en la criatura que tienen en su seno? ¿Qué saben si tienen en ella un tesoro inexplicable de santidad, como lo tuvieron tantas madres dichosas?

Mas ya nacida la criatura, no cesan todavía, antes deben doblarse los cuidados: *Benigne nutriatur.* No solo en lo principalísimo de que cuanto antes reciba las aguas sacrosantas del Bautismo;

no solo en que al descuido, ó de la madre, ó de la *aya*, por poner en una misma cama á la criatura la ahogue; descuido tan enorme, que ya alguna vez dije cómo contra él fulminaban gravísimas penas los sagrados Cánones. No solo en que se atienda á las buenas costumbres del alma, que de ellas se sigue no pocas veces mamarlas la criatura en la leche, pues de Alejandro Magno, el negro borron de su embriaguez que hasta ahora lo mancha en la historia, dicen que provino del vino que bebia con desórden la que le dió de mamar; y de Santa Catalina de Suecia, vírgen purísima, se refiere que siendo pequeñita jamas quiso tomar el pecho de muger deshonesto. (*Apud. Leblanc. in ps. 73. v. 7. n. 30.*) Mas tambien toca muy principalmente á la madre el traer al Templo, y ofrecer en él á Dios con toda el alma su criatura. ¡Oh, lo que esta accion de madres ha logrado de hijos santísimos de que pudiera referir admirables sucesos dichosos de este ofrecer á Dios las criaturas con veras de un corazon devoto. Mas llegadas ya al tiempo de los gorjéos, y al empezar ya á balbucir de sus tiernos lábios las palabrillas mal formadas, ¡oh, lo que aquí logra de una buena madre la piedad y la discrecion, haciendo que sean las primeras voces del niño: *Jesus* y *María*; y que sean sus primeras gracias decir sus alabanzas. Si acá nos holgamos tanto, y lo celebramos al oírlo, ¡cómo aplaudirán los Angeles al oír tales voces de una alma toda en gracia? ¡Oh, cuánto en estos años puede la madre ir instilando de piedad y de provecho en aquella tiernecita planta! *Mulier*, dice San Pablo, ¡qué graves palabras.) *mulier salvabitur per filiorum generationem.* (*1. ad Tim. cap. 2. v. 14.*) La muger se salvará por la generacion de los hijos: es

decir, por su buena y santa crianza. Los desvelos, las molestias, los achaques que la criatura le causa, si todos á Dios con su criatura los encamina; si la solicitud con que de dia y de noche la atiende, toda con los hijos lo endereza á Dios, ¡oh, qué pasos tan derechos para salvarse! Pero ¿por qué solo de la muger dice esto el Apóstol, y no del marido? ¿No es tambien el padre el que tiene la misma obligacion? Sí; pero la madre, dice San Francisco de Sales, es con su devocion la mas fructuosa á la familia, es la que mientras el marido en sus cuidados, fuera de casa, ella en casa siempre con el niño en los brazos, ó á su vista, ya le corrije la accioncilla, ya le riñe la mala palabra, ya le enseña á doblar las rodillas y cruzar las manitas á la oracion; y con estas y otras piedades, ¡oh, cuánto consigue! Al gran San Luis, perla de Francia, cuánto le aprovechó para su santidad la gran piedad con que le crió su admirable madre la grande Reyna española Doña Blanca! A un San Edmundo de Inglaterra, ¿qué lo promovió desde niño, sino una madre santa, que desde aquella edad le acostumbraba al cilicio, á la disciplina y al ayuno? ¿Quién ganó á un San Andrés Corsino, sino una madre tan varonil como cristiana, que supo reprender sus travesuras? Y por dejar otros millares, entre Wenceslao y Boleslao, príncipes de Bohemia, hijos de un padre y una madre, ¿qué sacó á Wenceslao santo, que lo adoramos en los altares, y á Boleslao un maldito y un condenado? Que á Wenceslao lo crió y educó su abuela Ludmilla, muger santa y piadosa; y á Boleslao lo crió su madre Draomira, muger infame, soberbia y vana.

De San Eleázaro, Conde de Arrión, Príncipe secular, y casado, se refiere en su vida, por digno

fundamento de su grande santidad, que habiéndolo ofrecido su madre á Dios desde recien nacido, pidiendo á su Magestad que si despues habia de ser rebelde á sus divinos mandamientos, le quitara la vida al punto que acabara de recibir las aguas del Bautismo, le pagó Dios esta oferta y lo favoreció con tal gracia, que siendo de solo tres años, no tenía mayor gusto que ver á los pobres; y si lo apartaban de ellos sin darles limosna, lloraba tan inconsolablemente, que no habia otro medio de callarle, sino con dár á los pobres la limosna. Y siendo de cinco años, cuanto le daban lo guardaba con gran cuidado y admirable memoria; y en viendo á los pobres, él por su propia mano se los repartia. Así mostró los indicios de la gran santidad que despues tuvo. Y si por el contrario, ya en esa edad los niños empiezan á mostrar señales de la impiedad que despues han de tener, y si ya dán las muestras de la soberbia, de la altivez y de la mala inclinacion, pobres madres que tal permiten. En esta edad está todo el principio del buen logro, y todo el logro del principio en la correccion; en el torcerles la voluntad con el castigo. Decidme, decidme, ¿qué Doctor es en la Iglesia un Agustino? ¿Qué debe el mundo á su entendimiento? ¿Qué debe la cristiandad á su saber? Veis todo eso, pues primero se lo debe al cuidado de sus padres. Lleváronle á la escuela, dice él, (¡grande trabajo!) para aprender las letras: *In scholam ductus ut discerem litteras*; y yo, como muchacho, ¿qué sabia del provecho que habia en ellas? *In quibus quid utilitatis esset, ignorabam miser*. Iba de mala gana, era fiojuelo, y costábame azotes: *Et tamen segnis in discendo essem, vapulabam*. Y aquí lo mejor: *Laudabatur enim hoc á pa-*

*rentibus;* porque estos azotes los aplaudian y se alegraban de ellos mis padres. (D. Aug. l. 1. *confes. cap. 9.*) ¡Oh, padres dichosísimos, á quienes así debe la Iglesia y debe el mundo á un Agustino. Dejárselo en casa, porque llora, porque no quiere ir, porque es niño y porque es el idolito; y hubiera sido como tantos, un condenado quizá y un demonio.

Mas ya en los años de discrecion, aquí la imponderable carga de los padres, aquí la cuenta mas terrible que tanto se descuida y que á tantos condena.

Yo quisiera, decia Crates, subir á un puesto tan elevado, que desde él me oyera todo el mundo, para decir estas palabras: *Adónde vais mortales, que todos vuestros cuidados los poneis en adquirir hacienda, y de vuestros hijos, á quienes la habeis de dejar, teneis tan poco ó tan ningun cuidado?* ¿Quién no ve esto cada instante? ¿Qué fatigas, qué diligencias, qué desvelos; todo ya para adquirir, ya para adelantar y para agrandar la hacienda; en esto los días, las noches y los años! Y vuestros hijos, hombres, ¿quién los cuida, quién los corrige, quién los enseña? ¡Oh, locura que no cabe en la ponderacion! ¡Dejarlos á ellos en sí perdidos, y luego mucha hacienda á la redondal! ¿Quién, pregunta San Crisóstomo, (Chrys. hom. 6. *in Matth.*) estando la casa de su propia habitacion ya cayéndose, podridas las vigas, desmoronadas las paredes, se pusiera á gastar su caudal en hacerle un jardin con grandes invenciones de agua, con varios hermosos recreos? ¿En esto gastas, bruto, le dirian, y dejas de gastar en la casa que se viene al suelo? ¿Pues caída ella, todo esto de qué servirá? Decídselo así mejor á un padre que atento solo á de-

jarle al hijo el puesto y la conveniencia, le deja el alma condenada y la honra perdida. Estas no son ponderaciones, sino puras verdades católicas. En dos palabras: el padre tiene obligacion, bajo pecado mortal, de apartar á su hijo de todo lo malo y de enseñarle todo lo bueno, segun la Ley santa de Dios; y esto, aunque mas le duela, aunque mas lo sienta, aunque en esto emplee todo el cuidado de su vida, todos los gastos de su hacienda, que todo vale menos que el alma. Y si no es así, como muchas veces no lo es, no hay que adularnos, por mas que se aleguen pretextos, dificultades y respetos, para alhagar el amor propio. El padre y la madre con su amor y con sus lágrimas se condenan. Vayan recibiendo absoluciones solapadas, que despues de tanto, seguirán á millares los padres á los que, como ellos, están con sus hijos echándose eternas maldiciones en el infierno. ¿A qué he de contar escarmientos pasados, si los vemos cada dia presentes? ¿A qué he de referir historias, si cada dia vemos tragedias? Ya aquel hijo mal criado, que de un tablaje en otro, de uno en otro burdel, se precipita hasta una muerte desastrada. Ya el otro mancebo, que del todo libre, en juntas y corrillos de ruines, despues de escandalosos alborotos, lo arrebató una muerte temprana. Ya el otro, que con el soplo del dinero, atrevido, ó que con las alas de noble, mas en sus acciones infame, despues de ser un vil borron de su casa, es una negra maldicion de la República. Ya todos los padres sin alma y sin honra, (si no responden mas á lo bruto) dicen que no lo saben, cuando ese no saber arguye mas gravemente su torpísimo descuido; cuando ese no saber manifiesta que ni de sí

mismos saben, ni miran el estado desventurado de su alma.

¡Oh, malos padres! De vosotros se queja el Eterno Padre, que habiéndoos dado parte de su fecundidad con el nombre honroso de padres, vosotros lo abusais para mayor ruina de las almas. De vosotros se queja el Hijo de Dios, que habiéndoos tomado por sus cooperadores para la salvacion de vuestros hijos, vosotros, en vez de salvarlos, les servís de demonios. De vosotros se queja el Espíritu Santo, que habiéndoos escogido por instrumentos para que hagáis camino en vuestros hijos, con la buena educacion, á sus santas inspiraciones, vosotros se las quitais de sus almas. De vosotros se queja la Virgen María, que deseando tener en los vuestros otros tantos hijos, vosotros los haceis hijos del diablo. De vosotros se quejan los Angeles, que les estorvais los compañeros de su gloria. De vosotros se queja la Iglesia, que le quitais su mayor decoro en los buenos cristianos. De vosotros se quejan las Repúblicas, que les causais con vuestros malos hijos sus daños y trastornos. De vosotros se quejan las comunidades, que con vuestros hijos mal criados les vais á manchar todo su lustre. De vosotros se quejan, en fin, vuestros mismos hijos, porque por vosotros padecen la vileza, la confusion, la deshonra y la infamia: *De patre impio quaeruntur filii, quoniam propter illum sunt in opprobio.* (Eccl. 1. vers. 10.) Y si tales son, y tan justas las quejas, si tan altos como desde el mismo Dios contra vosotros los clamores; si solo se alegra el infierno con vuestro descuido; al to: á criar bien los hijos, para que criados bien, con su buen logro, sean todo vuestro descargo y el aplauso mayor de la gloria.

---



---

## PLATICAS DOCTRINALES,

SOBRE LOS SACRAMENTALES

### DEL AGUA BENDITA Y PAN BENDITO.

---

#### PLATICA LXVII.

DE LOS BENEFICIOS QUE RECIBIMOS CON EL AGUA BENDITA.

---

A 9 de Enero de 1695, en la Casa Profesa de México.

---

**S**I al paso que nos afligen los males, nos supiéramos valer de los remedios: si como se abren los ojos al sentimiento en los trabajos, se abrieran á la fé en los mas seguros socorros, ni serían quizá tantas las quejas, ni quizá tantas las aflicciones.

Todo un Ejército de soldados de caballería y de carros, envió el Rey de Syria, para prender á Eliseo: ocuparon una noche los campos todos á la redonda de Dothán; y al amanecer, viendo el criado del Profeta (4. Reg. c. 6. vers. 14.) cercada la Ciudad por todas partes, con tanto aparato de enemí-